



Capítulo 207 - Entendiendo el problema con los Fragmentos

"Entonces... ¿podrías explicarme por qué hay dos bellezas atadas como si fuera una sesión de fotos BDSM?", preguntó Katharina, cruzándose de brazos mientras observaba la escena en la lujosa sala de estar. Allí, al fondo, estaban Iridia y Zex, ambas increíblemente sexys, atadas de una forma muy sospechosa, con nudos que parecían más decorativos y fetichistas que funcionales.

Vergil, repanchingado en un sillón como si el caos le perteneciera (y lo era), simplemente señaló a Novah. «Es culpa suya».

¡¿Eh?! ¡Me lo pediste! —exclamó Novah indignada, poniéndose roja como un tomate en segundos. Agitó los brazos en señal de protesta, aunque su defensa no la ayudaba mucho.

—Ah, por supuesto... la criada pervertida —suspiró Ada, ajustándose las gafas mientras lanzaba una mirada exasperada a Novah.

—¡¿P-pervertida?! ¡iiiNo soy pervertida!!! —rugió Novah, y su voz se agudizó a medida que su vergüenza aumentaba.

Morgana, recostada despreocupadamente en el sofá más alejado, sonrió provocativamente. Llevaba un bikini diminuto y pantalones cortos vaqueros tan cortos que apenas servían. Con un batido en la mano, disfrutaba del caos como si fuera un espectáculo de primera. "Estoy bastante segura de que estabas excitada cuando Vergil te azotó el otro día".





Novah se quedó paralizada, con las manos temblorosas mientras señalaba a Morgana. "¿Q-qué?! ¡Eso no tiene nada que ver! ¡Me equivoqué, y Vergil simplemente... me corrigió!"

—Te corregí con nalgadas —dijo Katharina, arqueando una ceja y con la voz cargada de sospecha mientras cruzaba los brazos con más fuerza. Claramente, este «incidente» era nuevo para ella, y no del todo bueno.

—Se están centrando demasiado en detalles irrelevantes —interrumpió Vergil, levantándose de su asiento con la calma de quien tiene todo bajo control. Miró a Morgana, quien le devolvió la mirada con una sonrisa pícara—. La cuestión es que necesitamos información importante de estos dos.

—¿Información, eh? ¿O solo intentas ocultar lo que has estado haciendo con otras mujeres otra vez? —preguntó Ada con frialdad, con la mirada afilada como una cuchilla.

"Ambas", respondió Vergil con una sonrisa diabólica. Se giró para mirar a las dos mujeres inconscientes, aún atadas, pero sin duda furiosas al despertar. "Y, sinceramente, todas deberían agradecerme. Los nudos son perfectos. Una verdadera obra de arte. Buen trabajo, Novah".

—¡Te haré un nudo en el cuello! —gruñó Novah con los dientes apretados, mirando hacia otro lado con nerviosismo mientras la atmósfera de la habitación oscilaba entre lo cómico y lo absurdo.

"¿Ah, sí? Inténtalo", respondió Vergil con una sonrisa desafiante, cruzándose de brazos. Su postura era la de alguien que sabía que nadie en la sala se atrevería, o al menos no sin consecuencias hilarantes.

"Concéntrense", intervino Roxanne, visiblemente indiferente. Su tono era cortante, y la mirada que dirigió a todos era una mezcla de irritación y





frustración. Todavía estaba visiblemente molesta por la interrupción de su velada romántica. Después de todo, era una mujer con deseos claros, y nada la irritaba más que ver sus planes arruinados.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Roxanne, con los brazos cruzados y la mirada impaciente, y un destello de irritación en sus ojos.

Vergil se acercó un paso más a las dos mujeres inconscientes, levantando con indiferencia las espadas que portaban. Las hojas brillaban tenuemente con un aura sagrada, pero las sostenía como si fueran simples trofeos. «Vinieron a por mí con estas bellezas», dijo, blandiendo las espadas ligeramente para que todos pudieran verlas mejor. «Parece que son fragmentos de la Excalibur original. Dos 'Ex-Caliburs'. Y, para ser sincero, me picó la curiosidad».

Novah abrió la boca para hablar, pero Katharina la silenció con una mirada aguda, claramente más interesada en lo que Vergil tenía que decir.

—Bueno —continuó Vergil, sin dejar de examinar las espadas con atención—, llamé a Viviane. Debería llegar pronto. Mi querida sirvienta probablemente tendrá más respuestas sobre estas armas. —Le dedicó una sonrisa juguetona a Roxanne—. Quizás incluso lo suficientemente rápido como para que podamos retomar nuestra velada.

Roxanne puso los ojos en blanco, aunque el leve rubor en sus mejillas delataba que la idea no le resultaba del todo desagradable. "Solo asegúrate de que esto no tarde mucho", murmuró, todavía cruzada de brazos, pero con una postura un poco más relajada.

No pasó ni un segundo cuando un círculo mágico carmesí cobró vida en el centro de la habitación, emitiendo un brillo vibrante que atrajo de inmediato la atención de todos. Al instante siguiente, una elegante figura emergió del círculo, caminando con gracia, como si el lugar fuera suyo.





La mujer lucía una larga y ondulante cabellera azul que le caía en cascada hasta la cintura, resplandeciente como si la hubieran espolvoreado las estrellas. Vestía un uniforme de sirvienta impecablemente confeccionado, de corte provocativo, que acentuaba sus curvas de forma casi escandalosa. Un delantal blanco inmaculado adornaba el conjunto negro y rojo, mientras que una cinta carmesí rodeaba su cuello, añadiéndole un aire de sofisticación y encanto.

—Mi señor, ¿me has llamado? —preguntó Viviane con voz melódica y reverente, aunque con un matiz de diversión, consciente del impacto que su presencia causaba. Sus ojos, profundos como el océano, brillaron al fijarse en Vergil, como si nada más en la habitación mereciera su atención.

Novah se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco. «¡Genial! ¡Ha llegado la criada perfecta!», murmuró con una mezcla de envidia y exasperación.

—Viviane —dijo Vergil con una sonrisa satisfecha, ignorando por completo el golpe de Novah. Levantó las espadas que les había quitado a Iridia y Zex—. Tengo un trabajo para ti. Estas bellezas surgieron de un pequeño problema que me cayó en las manos, y pensé que serías la persona perfecta para analizarlas.



Viviane avanzó con gracia, con movimientos tan fluidos que apenas hacían ruido, y extendió sus delicadas manos. Tomó las espadas como si manejara artefactos sagrados; sus ojos azules brillaban con genuina curiosidad y algo más profundo, un destello de antigua conexión.

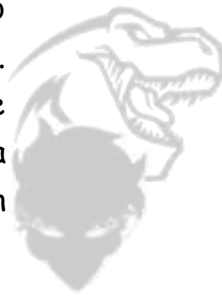
"Mis fragmentos de Excalibur..." murmuró con un tono casi nostálgico mientras giraba suavemente una de las espadas para examinarla. El brillo sagrado que emanaba de las espadas pareció reconocer su presencia, latiendo débilmente.



Por un momento, guardó silencio, con una expresión serena inmutable. Luego, frunció el ceño, como si algo no cuadrara. "¿Cómo hicieron esto para fabricar espadas?", preguntó, con una mezcla de confusión y sutil irritación en la voz. "¿Quién se atrevió a manipular mis creaciones? Al fin y al cabo...". Hizo una pausa, mirando de nuevo a Vergil y a las espadas, con una expresión que se transformó en una mezcla de incredulidad e indignación. "Soy la falsificadora. La Dama del Lago. La creadora de la Excalibur original. ¿Cómo es posible que se haya hecho algo con estos fragmentos sin mi conocimiento previo?"

Vergil arqueó una ceja, con una sonrisa burlona en los labios. "Interesante, ¿verdad? Parece que alguien ha estado manipulando tu trabajo sin pedirte permiso. ¿Quieres que averigüe quién lo hizo? ¿O prefieres encargarte tú mismo?", preguntó con tono burlón, disfrutando de la situación.

Viviane apretó los labios hasta formar una fina línea, con los ojos brillando con una determinación gélida mientras examinaba las espadas en sus manos. «Esto no es solo un insulto. Es una flagrante violación», dijo, con un tono de ira en la voz. «Quienquiera que haya hecho esto claramente no tiene ni idea de con qué fuerzas se está entrometiendo. Estos fragmentos nunca debieron funcionar así por sí solos».



Levantó la mirada de las espadas y la fijó en las dos mujeres inconscientes al fondo de la sala, con la irritación cada vez mayor. Sin pensárselo dos veces, colocó las espadas en una mesa cercana y se dirigió hacia ellas, con sus sandalias de tacón resonando contra el lujoso suelo.

¡DESPIERTAD, PERRAS! —rugió Viviane, y su voz resonó como un trueno por toda la habitación. Para enfatizar sus palabras, levantó el pie y le dio una patada firme a Zex en el costado.

"¿QUÉ DEMONIOS?!" gritó Zex, despertándose de golpe con un jadeo agudo, como si le hubiera caído un rayo. Sus ojos, abiertos como platos, recorrieron la habitación con pánico antes de posarse en Viviane. "¿QUIÉN ERES?!"



Viviane se cruzó de brazos, mirándola con puro desdén. "¡Soy la dueña de las espadas con las que has estado jugando, incompetente! Ahora empieza a hablar: ¿de dónde sacaste los fragmentos de Excalibur antes de que pierda la última pizca de paciencia?"

Zex parpadeó un par de veces, todavía desorientado, pero la mirada feroz de Viviane no le dejó mucho espacio para procesar. "Yo... solo cumplíamos órdenes, ¿de acuerdo? ¡No sé de dónde salieron! ¡Se suponía que solo debíamos traerlos de vuelta!"

Vergil, apoyado tranquilamente contra la pared, rió suavemente y se cruzó de brazos. «Ah, Viviane... tan delicada como siempre». Miró a Roxanne, quien simplemente suspiró y murmuró: «Me rindo...».

